

*La pantalla profética. Cuando las ficciones se convierten en realidad*

Pablo Francescutti

Madrid, Cátedra, 2004, 336 páginas

MARÍA DEL MAR RAMÍREZ ALVARADO

*Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad y Literatura (Universidad de Sevilla)*

Una noche de octubre de 1938 millares de neoyorquinos sintieron auténtico terror. A través de una emisión radiofónica estaban escuchando en vivo y en directo como un grupo de naves alienígenas en forma de meteoritos aterrizaban a pocos metros de ellos y, en consecuencia, como el edificio de la cadena NBC desde el cual se producía la emisión estaba a punto de ser volado. Ya casi en el instante final el locutor, con voz sobrecogida, comenzó a narrar como aquellos seres venidos del espacio exterior habían comenzado a sucumbir porque su sistema inmunológico no estaba capacitado para resistir los envites de las bacterias de la tierra. Millones de personas tardaron en creer que aquella escenificación radiofónica tan bien montada había sido idea de un chico joven que en futuro sería uno de los grandes genios del cine: Orson Welles.

Esta conocida “Emisión del Pánico” es sólo uno de los ejemplos sobre la fusión realidad/ficción que trae a colación el autor de *La pantalla profética* como entrada a la argumentación central de su obra dedicada fundamentalmente a la importancia de las narrativas audiovisuales en la configuración de la realidad social. ¿Cómo los escenarios cinematográficos han logrado estructurar horizontes de acción social?, ¿por qué esa insistencia de la propia realidad de disfrazarse de *atrezzo* cinematográfico?, ¿hasta qué punto cine y realidad se influyen mutuamente?, son algunas de las preguntas de las que parte Pablo Francescutti para ir desglosando un trabajo serio y bien documentado centrado en un género que por antonomasia hace del futuro su eje central: el de la ciencia ficción, en especial de las películas que tienen como motivo el tema de la energía nuclear.

Sin duda, los atentados del 11 de septiembre de 2001 de los cuales fuimos testigos en directo millones de personas dieron el espaldarazo a la publicación de esta obra incluida en la Colección Signo e Imagen de la Editorial Cátedra. El cuerpo central de investigación había sido el fruto de la tesis doctoral leída por Francescutti durante el 2000 en la Universidad Complutense de Madrid, un año antes de lo ocurrido. Aquella tarde de septiembre, con los últimos coletazos del verano aún dejándose sentir, fue terriblemente brutal el

impacto de los aviones estrellándose sin reparos, directo al objetivo, contra unas Torres Gemelas que iban desmoronándose ante los ojos de todos... pero en especial de los habitantes de la nación más soberbia del mundo que de golpe y porrazo comenzó a darse cuenta de cuán vulnerable era. Esta vez la realidad se aliaba con el autor para que su hipótesis cobrara fuerza ya que las imágenes recordaban pasmosamente a no pocas obras del cine de catástrofes en las cuales Nueva York se transformaba en el epicentro de terribles hecatombes. De hecho, cuenta Francescutti que el cineasta Claude Chabrol comentó a propósito de estas coincidencias que “en esas películas de acción se han inspirado los musulmanes extremistas que enviaron los aviones hacia las Torres gemelas. Sin duda esa imagen la habían visto en alguna película”.

El capítulo primero arranca entonces con el tema de la psicosis marciana tan vinculada a los avances de la ciencia y en concreto de la astronomía, que contribuyeron a desacralizar la idea del espacio sideral vinculado al “más allá” religioso. Los potentes telescopios desnudaron el universo e hicieron a los seres humanos testigos de sus misterios. Aquella bóveda celeste con todos los astros y planetas podía estar habitada por entidades ultraterrenales que poco a poco en fueron convirtiendo en enemigos.

A propósito de esta reflexión aprovecha el autor para analizar las características de la ciencia ficción como género fundamentalmente americano aunque con parentescos al otro lado del Atlántico, no en vano se considera a H.G. Wells (Gran Bretaña, 1866-1946), con su *Guerra de los Mundos*, como el padre de la ciencia ficción moderna. Oriunda de países transformados por la Revolución Industrial, con prolongaciones en el cómic (*Flash Gordon*, *Superman*) y en el cine, esta narrativa concentró sus esfuerzos en poner de manifiesto las principales expectativas y miedos producidos por el progreso tecnológico y científico. Para ello se viaja con insistencia al futuro y también al pasado (*El planeta de los simios*, *Terminator*), en un activo ejercicio de imaginación sobre lo que podría ocurrir a la especie humana en escenarios poblados de mutantes, de alienígenas que encarnan la futura evolución del *homo sapiens*, de vampiros y hombres lobos, robots, autómatas y máquinas tecnificadas. Eso además de los “contactados” y de los “abducidos” raptados por alienígenas que recibían importantes revelaciones sobre el fin del mundo.

El imaginario filmico típico de la ciencia ficción es analizado con acierto por Francescutti, aportando en esta línea datos que ponen de manifiesto esta vocación de travestismo del cine y de la propia realidad. Un personaje estratégico es el del científico en sus distintas versiones (el sabio tipo Einstein, el perverso Jekyll, el maligno Moreau, el doctor loco con afán de dominación,

el chiflado que desea ser rey del mundo, el ambicioso sin escrúpulos). Por otra parte, aparecen los militares en posesión de secretos que no pueden revelar y las agencias tipo CIA o KGB. El entorno en el que se encuentran insertos estos actores es denominado en la obra “sociedad del riesgo”, no en vano el cine de ciencia ficción (y poco a poco el desarrollo técnico de los trucos visuales y efectos especiales) germinará sobre todo al final de la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto, están también las “súper-armas”, lanzarayos o instrumentos fabulosos que resolverán la confrontación entre héroes y antihéroes.

En junio de 1947 Kenneth Arnold sobrevolaba con su avión una zona del estado de Washington. Este nombre no nos dice nada a quienes nunca hemos estado interesados en la vida más allá de la que engendran (y quitan también) los propios seres humanos en este planeta en el que nos ha tocado vivir, pero si es familiar para los que estudian el fenómeno UFO –en inglés– / OVNI –en español–. Con la experiencia de este piloto comienza el capítulo II de *La pantalla profética*, trayendo a colación su encuentro con siete objetos en forma de “platillos voladores” que se desplazaban por el cielo a toda velocidad. En un principio nadie los relacionó con entidades del espacio exterior. Antes bien, se identificó la presencia de OVNIS con la carrera armamentista y, a tal efecto, aquella sociedad de posguerra que comenzaba a enfermarse de la “psicosis atómica” pensó que se trataba de armas ultra-secretas que transportarían la bomba. El autor desgrana como con el tiempo fueron cobrando cuerpo dos hipótesis reflejadas a su vez en el cine. Los seres del espacio venían a resguardarnos de los alarmantes avances de la sociedad moderna (el ejército era el gran depositario de este secreto militar, aunque procuraba ocultar la verdad). Más tarde se transformaron en nuestros más acérrimos enemigos con una paranoica variante: el peligro estaba entre nosotros en forma de clones alienígenas y sus múltiples engendros humanoides. Hay también algunas curiosas vertientes analizadas en el texto: extraterrestres que llegan a aliarse con gobiernos terrícolas o que sirven de revulsivo para repensar las relaciones internacionales.

El capítulo tercero de la obra, titulado “Monstruos de la razón nuclear”, aborda los nexos entre el cine y los discursos políticos de la era atómica. Con lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki, posteriormente en el contexto de la Guerra Fría o en plenos preparativos de la carrera armamentista, el fantasma del conflicto nuclear y su temible desenlace en una tragedia sin parangón hizo de las suyas en la cultura norteamericana. Quien controle la luna controlará la tierra, quien controle el espacio controlará el mundo... eran las premisas plasmadas en diversas obras cinematográficas y, además, proyectadas en los discursos de algunos de los líderes políticos más importantes de la época. Realidad y ficción cinematográfica se unen entonces a niveles que se desarrollan

con claridad en el libro a través de temas que van desde los desastres nucleares, espionaje y traiciones (soviéticas sobre todo), efectos de las radiaciones nucleares (el enorme Godzilla despierta de su letargo por el estroncito-90 liberado en pruebas atómicas y avanza despiadado hacia Tokio), la creación de un bestiario atómico producto de la violación de la naturaleza por la ciencia (tarántulas gigantes, ejércitos de hormigas, saltamontes, reptiles voladores, pulpos) hasta documentales didácticos que reforzaban la política de no mostrar imágenes del bombardeo atómico. Aporta el autor el dato curioso de cómo en el año 1957 de la factoría Disney salió el célebre corto *Our Friend the Atom*.

En el año 1940 se estrenó en los Estados Unidos una película de dudosa calidad titulada *Murder in the Air* que, según rezaba en su publicidad, trataba sobre el arma más terrorífica jamás inventada. Quizá no hubiese sido necesario para Francescutti el mencionarla en su trabajo a no ser por un detalle: el protagonista del film era un actor bastante mediocre pero atractivo llamado Ronald Reagan. A todas luces suena a “ciencia ficción” el recordar, que décadas más tarde, este galán de la gran pantalla se transformaría gracias al voto popular en presidente de su país. Y es que un apartado íntegro del trabajo de Francescutti, “La Guerra de las Galaxias de Ronald Reagan”, está orientado a analizar la apoteosis de ese momento “mimético” en el que cine y discurso político se fusionan en un gran abrazo. El proyecto era el de crear un imponente sistema de defensa conformado por una red de satélites y rayos láser que destruirían al vuelo los misiles enemigos. Tal parecido tuvo el discurso de Reagan con la obra de George Lukas que el proyecto SDI (*Strategic Defense Initiative*) fue bautizado con sorna en los medios de comunicación *Guerra de las Galaxias*.

La llegada a la luna abre nuevos horizontes de conexión entre la ficción de las pantallas y la realidad, hasta tal punto que por ejemplo en 1975 Gerald Ford autorizó a la NASA a bautizar con el nombre de la nave de *Star Trek* a su prototipo de trasbordador. En un acto tipo *made in USA*, el *Enterprise* salió pomposamente del hangar con la presencia de los actores de la serie teniendo como fondo su banda sonora. Además, estudia el autor como a partir de 1970 la cultura OVNI desapareció y empiezan a fortalecerse otros temas, como el de los mundos encerrados en sí mismos, colonias espaciales degradadas o campamentos de trabajo futuristas en una visión del mañana desintegrada por los horrores de la conflagración nuclear. También el de la destrucción del mundo y su posterior reconstrucción civilizatoria a través de supervivientes llamados por Francescutti Adanes y Evas postnucleares. Más tarde el movimiento antinuclear comienza a sacar a la comunidad cinematográfica de su letargo y algunas de las principales estrellas de Hollywood

se manifiestan a favor del desarme. Llegan entonces filmes tan fantásticos como *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* de Kubrick en el que se presenta a las Fuerzas Armadas norteamericanas como agresores. Toda una trasgresión que volvía a las víctimas sempiternas en verdugos.

Después del trance crucial de la crisis de los misiles comienza un período de distensión que se aprecia, según puede leerse en *La pantalla profética*, en películas que trivializan el tema como las de James Bond, híbridos entre la ciencia ficción y el espionaje. Por ejemplo, en el *Agente 007 contra el Dr. No* se reproduce de forma curiosa la crisis cubana en una pequeña isla del Caribe sede de una instalación nuclear que funciona a manos de un científico megalómano. El sabio loco es ahora un delincuente nuclear, se despolitiza el cine de espionaje y aparece un nuevo héroe tecnológico (Bond, James Bond) equipado de bolígrafos-pistolas, relojes láser, coches multifuncionales, etc. Asimismo, la televisión se abre al universo interespatial alejado de las pesadillas de la devastación nuclear no sólo a través de los viajes interestelares de *Star Trek* sino también por medio de series tan conocidas como *Lost in the Space*, mi preferida de la infancia.

Para concluir su obra, Pablo Francescutti incluye una reflexión final acerca de cómo las ficciones ayudan a los sujetos a visualizar sus metas y a actuar en consecuencia y, sobre todo, cómo a través de la recepción de películas las personas visualizan con nitidez futuros deseables o aborrecibles obteniendo pautas interpretativas de la realidad. Sin duda, una obra bien articulada, estupidamente redactada y que vale la pena ser leída para comprender hasta que punto muchas de las cosas reales que pasan ante nuestros ojos ya las habíamos visto antes en las pantallas de cine.